

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 143

Valencia, 23 de Junio de 1937

María Carbonell, 2

SOBRE EL CINISMO

Antístenes, Rousseau, Lenin

También la cultura —habla Juan de Mairena a sus alumnos— necesita ser podada, en beneficio de sus frutos, como los árboles demasiado frondosos. Y a falta de una poda consciente y sabia, bueno es el huracán. Muchas veces ha sido, muchas veces será a través de la historia, sacudido el árbol de la cultura por un fuerte vendaval de cinismo: quiero decir de elementalidad humana. No hay que asustarse, amigos míos: la historia procede por vendavales, y en el declive de muchas civilizaciones sopla el cinismo con demasiada frecuencia. ¿Es el árbol mismo de la cultura lo que peligra? No lo creo. Muchas hojas secas se lleva ese viento y, de paso, algunas ramas, no todas superfluas. Mas cuanto el árbol pierde en la espesura de su ramaje puede ganar en el vigor de su savia, en la hondura de sus raíces, a última hora, en la sazón de sus frutos.

Entre los socráticos incompletos, fué Antístenes el cinico, que profesó su doctrina en el Gimnasio de Cinosargos, quien refleja mejor entre los griegos, según opinión muy generalizada, el aspecto moral de la personalidad del maestro. Y fué el cinico Antístenes, un profesor de virtud, un fanático de la veracidad, quiero decir de la verdad del hombre, en pugna con toda hipocresía, uno de los primeros en declarar superflua gran parte de la refinada y copiosa cultura de su tiempo. Fué el cinismo una escuela de ascetismo y renunciación, no siempre bien interpretada; que lleva implícito un pensamiento tan helénico que los griegos no se curaron nunca de encajarlo en fórmulas rígidas: *no es el hombre para la cultura, sino la cultura para el hombre, para los hombres libres, en última instancia para cada hombre, de ningún modo un ingente fardo para levantado en vilo por todos los hombres.* El problema humano, a que responde el cinismo, se plantea siempre que la cultura acumulada pierde vigor y se aleja del espíritu que la engendró, cuando se trueca, parcialmente al menos, en cultura muerta. Se produce entonces el fenómeno específicamente cinico: la rebelión de la elementalidad contra la cultura, con su consiguiente regresión a los llamados estados de naturaleza, denominados por las urgencias vitales, a la creencia más o menos ingenua en que son éstas la fuente originaria de los valores humanos más auténticos. Por eso decía mi maestro —Mairena alude a Abél Martín—: *en toda catástrofe moral sólo quedan en pie las virtudes cinicas.*

Y no ha sido el cinismo, ciertamente, un ideal tan negativo que no contribuyera más de una vez a fe-

undar la historia con la revelación de valores nuevos. Dejando a un lado el Cristianismo, que tiene mucho de oleada cinica frente a la cultura pagana, por ser tema demasiado vasto, y viniendo a nuestra edad moderna, nos encontramos, en pleno siglo XVIII, con la gigantesca personalidad del cinico Juan Jacobo Rousseau.

Hacia los días en que se anuncia la enorme Enciclopedia, contesta Rousseau negativamente a la Academia de Dijon, que había preguntado si la renovación de las ciencias y las artes contribuye al mejoramiento de las costumbres. La pregunta llevaba implícita una intención cinica. Plenamente cinica fué la respuesta del ginebrino en su *Discours sur les sciences et les arts*. Inicia Rousseau con aquel trabajo en el que publicó algunos años más tarde sobre *El origen de la desigualdad entre los hombres*, después con toda su obra, una potente reacción sentimental contra una cultura lastrada en demasia de razón y de inteligencia, una nueva fe en la bondad de la naturaleza, una fe renovada en el estado original del hombre. Y surge con Rousseau, con el influjo de aquel cinico *enfant de la nature*, todo el Romanticismo, esa vasta corriente emocional que lleva tantas cosas enormes y dispersas, sin excluir a los ingentes rascacielos de las metafísicas postkantianas —razón desmesurada por el sentimiento—. El cinismo de Rousseau buscó el hombre auténtico en el hombre sentimental. Lo que de ningún modo quiere decir que lo encontrara.

Con Rousseau y contra Rousseau —hubiera dicho hoy Mairena— aparece el cinismo de nuestros días. Contra Rousseau, en cuanto combate la vieja cultura romántica que pretende sobrevivir es convertida en patrimonio de clase, en cuanto impugna la mentalidad burguesa, que fustiga Lenin con el odio implacable de los cinicos a los hipócritas. Con Rousseau, el inmortal ginebrino, en cuanto prosigue en la afanosa búsqueda del hombre verídico, y propugna una regresión desde una cultura ficticia y decadente, a una auténtica elementalidad humana.

Y el viejo Antístenes sonríe, contra su costumbre, ante el culto de Hércules, su héroe preferido, que tiende a restaurarse.

Más de los tiempos hercúleos que se avecinan hablaremos más largamente otro día.

ANTONIO MACHADO

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

"El silencio cobarde" de las democracias

El señor Lloyd George ha enviado un telegrama al Presidente del Gobierno vasco, en contestación a otro despacho que había recibido del Presidente. Dice así:

"Del mismo modo que a usted, me sorprende la manera cómo los países democráticos del mundo permiten que las dictaduras de Europa aplasten las libertades de una antigua y honorable comunidad sin un gesto y sin una palabra de protesta.

Es una página negra en la historia de las naciones poderosas y libres, el mirar en cobarde silencio el espectáculo de niños asesinados en sus casas, por la lealtad de sus padres a la libertad. Quiera Dios acrecentar el valor de los bravos defensores de las libertades vascas."

UNO DE los miembros de la Brigada irlandesa ha dicho que la vigilancia de la retaguardia rebelde está confiada a agentes de la Gestapo

Lisboa 19.—La vigilancia de la retaguardia rebelde está confiada, casi enteramente, a agentes de la Gestapo, ha declarado, a un corresponsal de la Agencia España, uno de los soldados de la brigada irlandesa que ha combatido en las filas del general Franco, llegado anteanoche de Cáceres.

En esta función—continúa diciendo—los agentes alemanes están secundados por comisarios especiales españoles que conocen el alemán. La aviación, los tanques, las baterías antiaéreas y la artillería son, en su mayor parte, de procedencia alemana. Nuestra brigada irlandesa ha tenido a su cargo, durante cerca de seis meses, la escolta de la artillería alemana, que perdió en ese tiempo 10 hombres y tuvo 40 heridos.

En cuanto a los italianos, tienen a su cargo el control telefónico y telefónico y el de varios aeródromos. La artillería y los tanques italianos se encuentran concentrados en las brigadas mixtas.

La no Intervención

Franco da cuenta servilmente a Mussolini y a Hitler de las operaciones en Vizcaya

Roma 21, 10 noche.—Mussolini ha recibido un telegrama del ex general Franco en el cual éste anuncia la toma de Bilbao.

La respuesta está redactada de tal forma que Italia no se recata en poner de manifiesto que el éxito se debe a la eficaz ayuda de los «voluntarios» italianos que luchan en las legiones de mercenarios de Franco.

París 21, 10 noche.—La Prensa francesa reproduce los comunicados cursados entre Hitler y Franco, con motivo de los acontecimientos de Vizcaya.

En dicho telegrama el ex general Franco, da las gracias a Hitler por la ayuda prestada en la obra de destrucción de Vizcaya, y se considera digno de su confianza, reiterándole a la vez el reconocimiento de la España facciosa a la ayuda de Alemania.

Franco no oculta ya, ni por un leve impulso de pudor fingido, el servilismo de su alma. Entró en Bilbao, pisando ufanamente, bárbaramente, montones de ruinas y multitud de víctimas inocentes; mejor aún, para que la veracidad no sufra: le condujeron de la mano las fuerzas extranjeras invasoras, sostén y estímulo del traidor. Y éste, a tono una vez más con su «obediencia», lejos de dirigirse al pueblo, en cuyo nombre lucha, según él, se rinde jubiloso ante sus amos—Hitler y Mussolini—, a los cuales les dice, como único pregón de su alegría: «¡Triunfasteis!».

No existe España para él. Involuntariamente, guiado sólo de su soberbia, lo reconoce. España no le sigue; no hay nada sano a espaldas suyas. El pueblo todo, cada día más viril y más humano, es español antes que nnda, y español de alma y vida odia al que lo escarnece: al invasor, y más que al invasor a quien le abrió las puertas. Franco es aborrecido, profundamente aborrecido. Hasta en el suelo que domina se le odia. Y el inmenso traidor, desasistido de todo aliento

hispano, cuando los extranjeros le dan un palmo de terreno destruido, punto de su ambición, no exterioriza su alborozo entre los suyos. No le es posible. No tiene a nadie. Ni le es posible, por consiguiente, otra expresión de desahogo que la apuntada: la de halagar a sus tiranos.

Lo que cuenta un evadido de Zaragoza

Sariñena.—Hemos hablado con varios soldados evadidos de las filas facciosas, uno de ellos procedente de Zaragoza, donde estaba el pasado jueves. Este muchacho nos ha dicho que los facciosos hablan de que la guerra será muy larga y de que su situación es difícil, pues carecen de muchos elementos necesarios para la vida diaria. Los fascistas fusilaron al padre y a dos hermanas del soldado evadido. A consecuencia de ello, la madre del muchacho ha quedado muda. El régimen de terror persiste, y la gente, pese muchas veces a sus sentimientos humanitarios, no se atreve a auxiliar a las familias de los fusilados, por temor a que, como represalia, se les fusile también.

Al soldado fué a buscarle la policía al cuartel, y el muchacho halló un pretexto, cuando le llamaron, para huir.

Afirma, ratificando otras informaciones, que en los cuarteles hay, a las horas de comer y de cenar, grandes filas de hambrientos, que piden las escasas sobras de la comida que se da a los soldados. Para mitigar el espantoso problema del paro obrero, los fascistas han iniciado la construcción de un grupo de casas baratas, dando a los trabajadores un jornal de cinco pesetas.

El Gobierno británico "profundamente decepcionado" fijó ayer sus puntos de vista ante el Comité de No Intervención, pronunciándose por la retirada inmediata de extranjeros

Londres. (Especial para «Adelante»).—Ayer tarde se reunió el Subcomité de No Intervención.

Ante él, Lord Plymouth ha declarado que el Gobierno británico está profundamente decepcionado por los resultados logrados hasta ahora, y considera que el actual estado de cosas es totalmente desalentador.

El Gobierno británico está muy decepcionado ante el hecho de que, a pesar del acuerdo concluido y de la organización del Control, continúan llegando a España hombres y material de guerra.

El Gobierno británico estima que no se puede permitir que este estado de cosas continúe, ya que se impone una justificación de la existencia del Comité de No Intervención, y una patente demostración de que sus esfuerzos no han sido en vano.

El Gobierno británico cree, por lo tanto, que todos los delegados en el Comité harán lo posible para mejorar inmediatamente la bochornosa situación actual.

Para ello es necesario:

Primero.—Que cada Gobierno intensifique sus esfuerzos en su propio territorio, a fin de asegurarse de que los compromisos por él asumidos son estrictamente cumplidos.

Segundo.—Que todos los Gobiernos deben demostrar que están firmemente dispuestos a colaborar en la aplicación de los principios que inspiraron la creación del Comité, o sea aislar el conflicto español.

Si ello no se cumple, el Gobierno británico se verá obligado a tener en cuenta el hecho cuando decida reexaminar la situación.

El Gobierno británico estima que la presencia de súbditos extranjeros en España es uno de los factores que complican la situación.

Para nuestro Gobierno—dice Lord Plymouth—sería una prueba de la actividad del Comité la rápida evacuación de los combatientes no españoles, y el mejor modo de convencer al mundo de la sinceridad de los Estados que empezaron la No Intervención.

Teniendo en cuenta el plazo de

tiempo que correrá antes de que se llegue a un acuerdo sobre un plan total de evacuación, el Gobierno británico desea que comience, cuanto antes mejor, la evacuación de algunos extranjeros que luchan en España.

Plymouth ha sometido entonces al Subcomité ciertas proposiciones del Gobierno británico, encaminadas a efectuar la política de retirada de voluntarios.

El representante de la U. R. S. S. anuncia que su Gobierno sugiere que la evacuación de los extranjeros sea controlada; que los marroquíes sean incluidos en la evacuación, y que los gastos de evacuación sean repartidos proporcionalmente, según el número de evacuados de cada país.

Después de un cambio de impresiones sobre las proposiciones de Lord Plymouth, éstas serán sometidas a todos los Gobiernos No Intervencionistas, con la condición de que hagan conocer cuanto antes

sus puntos de vista sobre el plan de evacuación.

El Subcomité ha comenzado la discusión de la posibilidad de colocar observadores neutrales a bordo de los buques que ejercen el Control, y se ha procedido al nombramiento de un Subcomité técnico encargado del examen de esta cuestión.

El Gobierno británico ha sido invitado a entablar negociaciones sobre las perspectivas para obtener la cooperación de los países no europeos, y, especialmente, el Subcomité ha acordado la posibilidad de adoptar medidas susceptibles de impedir el empleo de la bandera española para burlar la aplicación de la No Intervención.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este Boletín

Postal de España

Son tan raras las cartas que llegan de España, sobre todo de Asturias, que no puedo resistir a la tentación de publicar la siguiente tarjeta postal, recibida en ésta por el amigo Luis Jiménez González, residente en la Avenida 11, número 946.

Dice la tarjeta:
Hospital Militar, número 26—
Avilés (Asturias) 30-4-37.

Mi querido Luis: Sólo cuatro letras para participaros que sigo bien y lo mismo todo el resto de la familia en Belmonte, de quienes recibí noticias por tu sobrino Anibal, que vino el otro día para estar en mi compañía. Mucho podría contarle, pero me abstengo de hacerlo hasta que pasen las trágicas circunstancias que vivimos.

He sufrido y sufro lo infinito, porque los efectos malditos de los

que sin conciencia ni sentimientos humanos envolvieron a nuestra querida Patria en el drama más horroroso que registra la historia de la humanidad, han alcanzado a mi desventurada hija Adriana, víctima inmolada por las hordas de aquellos que dicen representar la razón y la justicia. Gavilla de asesinos de mujeres y niños, como en Guernica. Recuerdos a todos, y tú recibe un abrazo de éste que de veras os estima.—Juan García Juliá.»

Esta postal procede de un sargento de la Guardia civil, un hombre que habla de la patria en primer término y deja para segundo lugar la tragedia de su hija, víctima inmolada por las hordas de aquellos que dicen representar la razón y la justicia.

Requetés y falangistas acusan a Franco de haber vendido España al extranjero

«¡Españoles!»

Un grito sale del fondo de nuestra alma: ¡ESPAÑA! Por nuestra patria pusimos en juego todo; nuestra hacienda y nuestra vida; nuestro porvenir; nuestro porvenir, el de nuestros hijos. Con el pensamiento fijo en nuestra sagrada Historia en que nuestra patria fuera grande e independiente. En que como en los días más gloriosos de su pasado, la bandera de España recorriera orgullosa mares y continentes. Para esto nos unimos los que durante años y hasta siglos nos mantuvimos apartados.

El grito de ¡Arriba España! sacó al burgués de la comodidad de su casa para luchar por la Patria; al artesano, de sus ocupaciones; al sacerdote, de su sagrado ministerio; al estudiante, de sus Universidades; al labrador, dejando sus tierras, y hasta la mujer española ayudó con sus alientos.

Esta fué la gran virtud de la llamada de Franco. De aquí nació el milagro de nuestro Ejército nacionalista. Pero la realidad es que hoy pisan el suelo de nuestras capitales y las tierras de nuestros campos miles y miles de extranjeros alemanes e italianos que, en muchos casos, no ocultan sus aires de conquistadores, de amos de nuestra España. Esos ejércitos extranjeros han encontrado libre el paso hacia nuestra tierra. Han sido traídos por Franco y eso equivale a tanto como entregar la Patria a otros países.

Nuestros ideales han sido traicionados. Los que perdieron todo por la España grande han sido traicionados porque España será de esos alemanes e italianos que Franco ha traído, a quienes ha vendido esta España nuestra que la no podrá ser lo que nosotros soñábamos, sino lo que quieran esos dos países.

Denunciamos esto con el corazón desgarrado de dolor; pero con fuerza para seguir gritando ¡¡Viva España!! ¡¡Mueran los que la traicionan!! esta España nuestra que ya no poquetés que luchan en las trincheras.»

(Manifiesto que el segundo Batallón de la Sexta Brigada Mixta ha encontrado en una descubierta realizada en el campo enemigo el día 2 de junio de 1937.)

Es ahí donde se ve que la muerte hasta de los seres más queridos no es más que un detalle de la enconada lucha que tiene lugar en España; se descuenta hasta eso: la muerte de los seres queridos, pero la patria está siempre presente en la mente de los que por ella luchan. Esto no es nuevo en España. Guzmán el Bueno, arrojando su propio cuchillo al enemigo para sacrificar con él a su hijo, antes que

entregar la ciudad sitiada a cambio de la vida de éste, es uno de los casos que nos cuenta la Historia.

¿Acabarse la guerra? Sí. Algún día... ¡Pero será cuando no quede en pie ninguno de estos hombres, que tan altos ideales tienen que defender y tan enormes agravios que vengar!

Jacinto Bombín

(De «La Prensa», Tampa 2-6-37.)

Por una avería sufrida en las máquinas de composición, nos vemos obligados a reducir el número de páginas de este Boletín

EL TERROR FASCISTA

(Relato de las monstruosidades cometidas por los traidores en las plazas donde imperan.)

(Continuación)

gido por sí mismo datos de esta carnicería, cuenta los acontecimientos de Badajoz en la forma siguiente:

«El día 14 de agosto, en que Badajoz fué conquistado por los rebeldes y en que comenzó uno de los martirios de sangre más terribles de la Historia, el diputado a Cortes socialista Nicolás de Pablo y el alcalde de Badajoz, Sinfiriano Madroño, pasaron la frontera de Portugal. Fueron detenidos en el acto por la policía portuguesa y retenidos dos días en la cárcel de Campo Maior. Al tercer día se les obligó a traspasar de nuevo la frontera y se les puso en manos de los rebeldes. Al cuarto día fueron fusilados en Badajoz.

Casi sin excepción todos los fugitivos fueron entregados a los verdugos. En un solo día, el 21 de agosto, fueron devueltos a la frontera, bajo la vigilancia de la Caballería portuguesa, treinta y un republicanos detenidos en el fuerte de Graca, en Elvas, y al día siguiente fueron fusilados con ametralladoras en la plaza de Toros de Badajoz.

Peró las autoridades portuguesas no se contentaron sólo con ser los ayudantes y auxiliares de los carneiros de Badajoz, sino que aprovecharon la ocasión para

deshacerse de sus propios «rojos», de una manera nueva y verdaderamente genial. Diez ciudadanos portugueses fueron también llevados a Badajoz, porque, según parece, las autoridades portuguesas pensaban que allí se liquidaría todo de una vez.

Los verdugos de Badajoz se encargaron voluntariamente de fusilar, entre los 4.000 españoles, a estos diez portugueses. Sus ametralladoras y sus hachas de verdugo no conocieron diferencias de nacionalidad. Pero la Historia debería señalar profundamente esta fecha, en que por primera vez un Estado soberano europeo hizo transportar a sus ciudadanos al extranjero para que fueran allí ejecutados.

El diario «Crítica», de Buenos Aires, en su número del 23 de diciembre de 1936, publicaba el relato de don José Villalba Pinyana, funcionario del Patronato Nacional de Turismo de Badajoz, que consiguió huir de la barbarie facciosa. Sus declaraciones concuerdan con las recibidas por otros conductos. Según el diario bonaerense, la toma de Badajoz se llevó a cabo en dos etapas: en la primera de las cuales fué ocupado el cuartel de Menacho, situado en las afueras de la ciudad, y en la segunda, al día siguiente, 14 de agosto, el resto de la población. La ciudad fué saqueada, y los regulares, legionarios y fascistas, tomaron cerveza (procedente del saqueo de la fábrica «El Aguila»), sobre los cadáveres de los ciudadanos de Badajoz y entre grandes risas y algazaras.

Los presos eran transportados al lugar de la ejecución, atados con alambre de púas. En 7.500 se calculan los asesinatos en Badajoz por los fascistas hasta el mes de octubre. Los realizaban, en su mayoría, con ametralladoras, que disparaban sobre grupos de centenares de prisioneros, dándose el caso de que muchos de ellos fueron enterrados vivos con heridas más o menos graves, pues los asesinos no se ocupaban de dar el tiro de gracia a los ametrallados, sino que los enterraban se-

guidamente, en una fosa común. Muchos de estos asesinatos colectivos se realizaban en la plaza de Toros, y eran presenciados por numerosos fascistas de uno y de otro sexo que tomaban como espectáculo aquella espantosa matanza. Estas enormidades dan una idea de los sentimientos medievales que animan a los rebeldes.

Al mes justo de comenzada la rebelión, el 18 de agosto, publicaba el gran rotativo inglés «Manchester Guardian» una información de su corresponsal en el campo faccioso en la que calificaba de «espantosamente anonadantes» las atrocidades cometidas por los franquistas. Y añadía: «es imposible precisar el número de «ejecuciones» de prisioneros hechos en Badajoz; pero la cifra de 2.000 que se ha fijado no parece ser exagerada.»

La Agencia Reuter, comunicaba desde Lisboa a sus periódicos, el 17 del mismo mes, que «se queman los cadáveres amontonados en enormes piras humanas, para evitar, según se afirma, inconvenientes y pérdida de tiempo.»

El ex coronel Yagüe, director de las barbaries de Badajoz, afirmaba a un periódico alemán que el número de personas rematadas por sus fuerzas «no llega exactamente a los 2.000 que fijan los partidarios del Gobierno, después de la captura de la población». Ese brutal «no llega exactamente», es una confesión de parte; podemos admitir que fuesen «sólo» 1.990. ¡Esto, a los cuatro días de tomada la ciudad!

Por su parte, Ebbe Munk, comunicaba a su diario de Copenhague, «Berlinske Tidende», órgano de tendencia conservadora, sus terribles impresiones de la zona facciosa.

Refiriéndose a la ciudad extremeña, escribe: «Es un hecho conocido que en la hecatombe de Badajoz perecieron más de 10.000 personas. ¡En una ciudad que sólo contaba 60.000 habitantes! Cuando Badajoz fué conquis-

(Continuará)